



Revista de Historia Indígena Nº2  
Departamento de Ciencias Históricas  
Universidad de Chile

## LOS PEHUENCHE DEL NOROESTE DE NEUQUÉN Y SUS RELACIONES FRONTERIZAS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII

Gladys A. Varela

Investigadora de la Universidad Nacional del Comahue.

Luz María Font - Estela Cúneo

Investigadoras de la Dirección Gral. de Cultura de la Provincia del Neuquén.

**E**l presente trabajo pretende analizar las relaciones interétnicas que mantuvieron los grupos pehuenche del noroeste neuquino con las sociedades hispano-criollas de Chile y Cuyo y con los indígenas de la Araucanía, pampas y norpatagonia.

El área de estudio abarca los actuales departamentos de Minas, Chos Malal, Ñorquín y Loncopué en el noroeste de la provincia. Se toman como ejes fundamentales de análisis los asentamientos pehuenche localizados en las proximidades de los ríos Neuquén, Curi Leuvú y Reñileuvú.

Consideramos necesario acotar que el análisis de las relaciones interétnicas que realizaremos, partirá primero de una aproximación al mundo pehuenche, para establecer en un segundo momento, sus vinculaciones con los diversos actores sociales que dinamizaron la vida de la frontera.

## Los Pehuenche de Neuquén

Para la segunda mitad del S. XVIII los habitantes del noroeste neuquino son denominados por los cronistas como pehuenche y así se reconocían a sí mismos. Es obvio que estos pehuenche sólo conservan su denominación, pues tanto en lo físico como en lo cultural son muy distintos a los descriptos por Mariño de Lovera en el S. XVI. Este cronista relató su encuentro con hombres de elevada estatura y particular esbeltez, distinguiéndolos de los grupos que residían en Chile. Investigaciones arqueológicas realizadas en el noroeste de Neuquén nos permiten afirmar que para el S. XVIII los habitantes de la zona no se diferenciaban físicamente de los mapuche.<sup>1</sup> Coincidimos con Silva Galdames y Téllez Lúgaro<sup>2</sup> cuando proponen que el rótulo «pehuenche» probablemente engloba poblaciones diversas, incluso étnicamente. Para esta época, en el área que nos ocupa, se había producido ya un importante mestizaje con grupos étnicos situados en el occidente cordillerano y probablemente con tribus de la región extra andina del este. La denominación tiene origen, según lo observaron los cronistas de los S. XVI y XVII, en la vinculación que los nativos tenían con la explotación estacional (marzo-mayo) de los bosques de pehuén (*Araucaria araucana*)<sup>3</sup>. Sin embargo, los grupos objeto de nuestro estudio, vivían en zonas bastante alejadas de la pinalería<sup>4</sup>.

Es probable que los pehuenche del sector oriental de los Andes, que se habían transformado en pastores ecuestres y ganaderos, por la abundancia de vacunos y yeguarizos cimarrones obtenidos en las pampas, se expandieran desde la región central de la provincia, hacia los valles intermontanos de más al norte, en busca de buenas pasturas y aguadas. De allí que se encontraran localizados en zonas alejadas de los bosques de pehuén, aunque en principio realizando incursiones anuales para

<sup>1</sup> Se trata del cementerio pehuenche del S. XVIII, de Caepe Malal, localizado en la margen derecha del río Curileuvú, en el Departamento Chos Malal. En dicho yacimiento se han excavado más de una decena de inhumaciones correspondientes a individuos de ambos sexos, incluyendo niños. Ninguno de los restos coincide con las características físicas descriptas por Mariño de Lovera, por el contrario existen claras semejanzas con los indígenas de Araucanía.

<sup>2</sup> SILVA GALDAMES, Osvaldo y TÉLLEZ LÚGARO, Eduardo: Los Pehuenche: Identidad y configuración de un mosaico étnico colonial. En: *Cuadernos de Historia N° 13*, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago, 1995, pp 7-53.

<sup>3</sup> MARIÑO DE LOVERA, Pedro: Crónica del Reino de Chile. En: Medina, J.T. *Colección Historiadores de Chile*, T.VI, Santiago de Chile, Imprenta del Ferrocarril, 1865.

<sup>4</sup> El bosque de araucarias se extiende, en el lado argentino, en la zona cordillerana desde los 37°45' hasta los 40°03' lat.S. La mayor densidad de la araucaria se encuentra entre los 900 y 1800 m. de altitud. Las rigurosas condiciones climáticas del área del pehuén, con muy bajas temperaturas invernales y frecuentes nevadas, impedían la presencia de asentamientos de carácter estable. Los campamentos indígenas sólo se establecían allí desde fines del verano hasta mediados del otoño. Este tipo de ocupación estacional significaba un perfecto conocimiento del medio y sus recursos, aprovechando la complementariedad de distintos ambientes.

recolectar piñones. Al respecto, Don Luis de la Cruz en 1806, manifestaba que los pehuenche, iban abandonando paulatinamente las prácticas de la recolección, por ser «*muy flojos*» para ir a buscarlos en los confines de sus tierras, en el límite del territorio huilliche.

Ésa no debió ser la única causa de su avance hacia el norte. Silva Galdames y Téllez Lúgaro, analizando el mismo fenómeno para los pehuenche occidentales, sugieren una serie de factores que pueden haber incidido y que podrían ser aplicados a nuestra área de estudio.<sup>5</sup> La organización de malones sobre las haciendas y núcleos hispanos, que les permitía obtener ganado, cautivos y efectos diversos, los fue acercando al área comprendida entre el Ñuble e Itata así como a las haciendas y poblados del sur mendocino.

En relación a los grupos que nos ocupa, la proximidad a fuertes, haciendas y ciudades chilenas como Chillán, Antuco, Tucapel, Villacura, Ballenar<sup>6</sup> y a los centros cuyanos, les permitió en épocas de mayor tensión programar fructíferos malones. Paradójicamente, en momentos de paz, solicitaban permiso a las autoridades chilenas para hacer sus conchavos en las mismas plazas fuertes o haciendas que antes fueron objeto de sus ataques.

El norte neuquino, debió tener además un atractivo especial, a causa de la existencia de minas de sal gema y salinas de cuajo, que proporcionaban un producto de gran demanda y valor para la sociedad hispana<sup>7</sup>. Además, el sector oriental de la cordillera andina, carecía de un control formal por parte de las autoridades coloniales, convirtiéndose en un lugar de refugio seguro, que proporcionaba libertad de acción para los indígenas que en él se instalaran.

Para comienzos del S. XVIII, en el noroeste de Neuquén, no había presencia estable de funcionarios, misioneros o soldados, ni se había intentado erigir fuertes, capillas o poblado alguno. El conocimiento geográfico que se tenía de estas tierras era escaso y habría que esperar a la segunda mitad del siglo para que unos pocos misioneros y dos o tres funcionarios, dieran las primeras descripciones oficiales de estas tierras aquendinas y una caracterización del funcionamiento de las sociedades del norte neuquino.

---

<sup>5</sup> SILVA GALDAMES, Osvaldo y TÉLLEZ LÚGARO, Eduardo: *Los Pewenche...* op. cit.

<sup>6</sup> ORELLANA, Mario: *Historia y Antropología de la Isla de la Laja*. Santiago, Ed. Universitaria, 1992.

<sup>7</sup> VARELA, Gladys y BISET, Ana María: Entre guerras, alianzas, arreos y caravanas: los indios de Neuquén en la etapa colonial. En: Bandieri S. y otros, *Historia de Neuquén*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1993.

Para esta época los pehuenche, fuertemente mapuchizados, habían abandonado su lengua a causa de la adopción del mapudungún o lengua de Chile. Gerónimo Pietas en 1729 confirmaba que los pehuenche hablaban la misma lengua y tenían los mismos ritos y costumbres que los mapuche, sólo la comida diferenciaba un grupo de otro. Este proceso también llamado de araucanización había comenzado lentamente en siglos anteriores, mucho antes de que se produjera la entrada masiva de contingentes araucanos que transitaban territorio pehuenche con destino final a las pampas.

Es muy difícil realizar un cálculo aproximado de la población pehuenche que residía en Neuquén en el S. XVIII. La estimación global, que incluye a las tribus de ambos lados de la cordillera, sería cercana a los 10.000 individuos.

Un documento transcrito por Sergio Villalobos<sup>8</sup> y analizado por Luz María Mendez Beltrán<sup>9</sup>, elaborado en 1796 por los capitanes de amigos y otros entendidos en temas de la frontera, presenta un panorama de los Vutalmapus de los pehuenche. De diez ayllarehues citados, cuatro estarían localizados en el oriente de los Andes en el actual territorio neuquino y corresponderían a las parcialidades de Caybuyaunal, Neuquén, Dagüegue y Pino<sup>10</sup>. La suma entre hombres y mujeres, categorizados en indios grandes, adultos y párvulos sería de 3420 almas. Se trata de un documento poco confiable, con falencias en el cómputo final; sin embargo permite observar una densidad demográfica algo menor que la de los ayllarehues que ocupaban los valles y faldeos cordilleranos al sur del Biobío, conformados por 5097 individuos.

En ningún caso se observa una concentración importante de población. En cambio se confirma por la reiteración del dato, que a lo largo de los cursos fluviales y en los valles abrigados existían tolderías regularmente diseminadas y vinculadas entre sí. Estas, formadas por tres, seis u ocho viviendas o toldos, no conformaban poblados o aldeas. Sin embargo se situaban en puntos cercanos y constituían poblaciones relativamente integradas. La elección de los lugares de asentamiento estaba en íntima relación con la presencia de campos forrajeros, agua y leña abundante, pero también con la cercanía a las rutas de comunicación y traslado de

<sup>8</sup> VILLALOBOS, Sergio: *Los Pehuenches en la Vida Fronteriza*. Santiago, Ed. Universidad Católica de Chile, 1989.

<sup>9</sup> MENDEZ BELTRÁN, Luz María: La población indígena, su distribución espacial y el proceso de aculturación en La Araucanía (S. XVII y XVIII). El recuento de 1796. En: *Memoria Americana, Cuadernos de Etnohistoria*, N° 3. Buenos Aires, Fac. de Filosofía y Letras, 1994. pp.9 - 40.

<sup>10</sup> Las tres últimas denominaciones corresponden seguramente al actual río Neuquén, su afluente el Nahueve y a la zona de los pinares de araucaria. En tanto de la primera, Caybuyaunal, desconocemos su origen y ubicación.

ganado y al manejo y control de los pasos cordilleranos<sup>11</sup>. Las crónicas refieren que las tolderías estaban ubicadas a lo largo de los valles de los ríos Reñileuvú, Curileuvú, Neuquén y Varvarco.

Fray Pedro Angel de Espiñeira, al relizar su primer viaje de evangelización a tierras neuquinas en 1758, pudo observar una continua presencia de toldos a lo largo del Reñileuvú, algunos de los cuales aglutinaban a bastantes individuos.

El jesuita Bernardo Havestadt en 1752 y el comandante Esquivel Aldao en 1788 y 1792 mencionan como lugar de concentración e instalación de tolderías a Tricao Malal y Varvarco. Se percibe un gran movimiento dentro del área, seguramente relacionado con la actividad ganadera que hacía necesaria la práctica de la transhumancia. Durante la primavera y el verano se desplazaban a campos de altura, mientras que en el otoño y el invierno las tolderías se instalaban en valles más bajos y abrigados. Las fuentes confirman la existencia de territorios de veranada e internada. El franciscano Espiñeira al internarse al oriente de la cordillera, divisó desde lo alto del segundo cordón montañoso, donde corren ya las aguas al este, la primera habitación de verano de un indio del lugar. «Tiene dos habitaciones. Una en lo alto para el verano, y otra en lo bajo para el invierno»<sup>12</sup>.

Para esta época mantenían un intenso intercambio con algunos poblados chilenos y mendocinos y también con los grupos indígenas transcordilleranos, pampinos y norpatagónicos. En verdad operaban como intermediarios en el gran circuito de ganadería y comercio que unía la pampa húmeda con las ciudades chilenas, produciéndose una complementariedad de las redes indígenas con las redes capitalistas que controlaban los comerciantes chilenos<sup>13</sup>. Ese rol estuvo directamente vinculado a la particular situación geográfica del noroeste neuquino. Bajo el dominio de los pehuenche se encontraban numerosas rutas, pasos, valles y aguadas, elementos vitales para el traslado de los ganados de las pampas al mercado trasandino.

Dentro de este panorama el control de pasos revestía enorme importancia para los caciques que lo ejercían, en particular el de Pichachén-Antuco, que fue la más importante vía de intercomunicación en la frontera, ya que a través de él circulaban intensamente bienes y personas. En 1788, etapa culminante de la guerra pehuenche-huilliche, el comandante Esquivel de Aldao, encontró una importante concentración de indígenas sobre el río Reñileuvú, bajo el mando del cacique

<sup>11</sup> BISET, Ana María y VARELA, Gladys: Modelos de asentamiento y ocupación del espacio de la sociedad pehuenche del S.XVIII: la cuenca del Curi Leuvú, provincia del Neuquén. En: *Revista del Departamento de Historia N°1*, Universidad Nacional del Comahue, 1990.

<sup>12</sup> ESPÍÑEIRA, Pedro Ángel: Relación del viaje y misión a los pehuenches, 1758. En: Pinto Rodríguez, J. y otros, *Misioneros en la Araucanía, 1600-1900*. Temuco, Ed. Universidad de la Frontera, 1988, pp.237-238.

gobernador Currilipi. En 1806, época de paz, Luis de la Cruz registró en ese sitio la residencia del cacique gobernador Manquel. El valle del Reñileuvú, era el camino usual hacia el paso de Pichachén, que los comunicaba con Chillán, Los Ángeles y Tucapel. A través de Pichachén penetraron en tierras del Neuquén hombres como el jesuita Bernardo Havestadt, Fray Pedro Angel de Espiñeira y Don Luis de la Cruz.

### La Trama de una Sociedad Poco Jerarquizada

El análisis de la estructura social de los grupos indígenas de la época, presenta algunas dificultades, a causa de los diferentes significados que los españoles le atribuyeron a un mismo término, dificultando su adscripción a una u otra categoría teórica. No obstante trataremos de caracterizar, a través de las crónicas, el funcionamiento de esos grupos. Fray Pedro Angel de Espiñeira observó una sociedad en la que se destacaban diferencias de jerarquías entre personajes tales como: guilmen o cacique principal, caciques e indios «*más principales*», confidentes, capitanes y conas, mostrando una suerte de jerarquización que todavía no se desprendía del carácter tribal.<sup>14</sup> Estas categorías, integraban una sociedad móvil, en la que cada individuo tenía la posibilidad de ascender en la escala social de acuerdo a sus propios méritos. La riqueza, la oratoria, la ancianidad y el valor, otorgaban el prestigio necesario que permitía ese ascenso. «*Los más ancianos, o los más ricos, son los que se titulan caciques o guilmenes*», aseveraba Don Luis de la Cruz y agregaba: «*... Este título, que se granjean por sus hechos, si los de sus antepasados fueron recomendables, brillan más en el sujeto. Por este orden, el hijo de un cacique, que no es valeroso, que no se hace rico, que no ha hecho hazañas meritorias, nada es, y se mira como un mocetón despreciable, y entonces el título de cacique lo hereda el indio de la reducción más guapo, de mejores discursos y comodidades*»<sup>15</sup>. (Cruz 1969b, 442).

<sup>13</sup> PINTO RODRIGUEZ, Jorge: Redes indígenas y redes capitalistas. La Araucanía y las Pampas en el S. XIX. En: Heráclito Bonilla, A. Guerrero Rincón; *Los Pueblos Campesinos de las Américas. Etnicidad, Cultura e Historia en el S. XIX*. Colombia 1996.

<sup>14</sup> En el cementerio pehuenche de Caepe Malal en el noroeste de Neuquén, el análisis de los materiales recuperados refleja una distribución desigual de la riqueza. Las ofrendas halladas en los distintos entierros muestran, en algunos casos, ajuares funerarios importantes frente a otros muy pobres. Ello indicaría la incipiente jerarquización social que se estaba produciendo a mediados del S. XVIII. HAJDUK, Adán y BISET, Ana María: Principales características del Sitio Arqueológico Caepe Malal I-Valle del Río Curileuvú-Departamento Chos Malal, Provincia del Neuquén. En: Boschín, M.T. comp., *Cuadernos de Investigación, Arqueología y Etnohistoria de la Patagonia Septentrional*. Tandil, IEHS, 1991.

<sup>15</sup> CRUZ, Luis de la: Viaje a su costa del alcalde provincial del muy Ilustre Cabildo de la Concepción de Chile, don...», en: Pedro de Ángelis, *Colección de Obras y Documentos...*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1969a, T.II.

CRUZ, Luis de la : Tratado importante para el perfecto conocimiento de los indios peguenches, según el orden de su vida, en: Pedro de Ángelis, *Colección de Obras y Documentos...*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1969b, T.II.

Se trataba de sociedades que carecían de una autoridad centralizada, cada toldería tenía su propio jefe, aunque todos reconocieran a un cacique principal. Espiñeira observó que el cacique o guilmen Curipil, ante la posibilidad de un conflicto armado, tenía la capacidad de convocar a «*junta*» con el fin de coordinar las fuerzas y liderarlas en la batalla. Aparentemente, era quien tomaba las decisiones trascendentes, desde declarar la guerra, hasta autorizar la instalación de una capilla. Sin embargo debía contar con el consenso de los demás caciques, así lo consignó el fraile: «*Hizóse cargo de todo y ahora manda a avisar a los caciques e indios principales de este Guitalmapu o jurisdicción, que mañana estén sin falta aquí para con su parecer determinar*»<sup>16</sup>. (Espiñeira 1988, 244).

Luis de la Cruz, casi cincuenta años después, todavía observa la escasa autoridad de algunos caciques: «*Los caciques no tienen jurisdicción alguna para castigar ni premiar a nadie. Cada uno es allí juez de su causa y por consiguiente a nadie se tiene respeto. Así si un guilmen, quiere atropellar a un mocetón y éste se siente de mayores brios, carga con su jefe, lo acuchilla y hace en él cuanto puede...*» (Cruz 1969b, 450)

Los grupos pehuenche carecían de instituciones capaces de ejercer la justicia. Cuando el orden se quebrantaba era la propia sociedad la que sancionaba o reprobaba al transgresor. La vida social se regulaba por códigos, reglas, expectativas, hábitos y costumbres no explícitos. Ante un agravio la familia afectada podía exigir que se le pagara, a modo de reparación, o decidía tomar venganza. El temor a la venganza, actuaba como mecanismo de justicia y era el único freno visible que disminuía el número de conflictos.

Fueron sociedades que estaban permanentemente al borde de la guerra, aunque trataban de evitarla<sup>17</sup>. Sin embargo, surgieron numerosos conflictos intertribales, que intentaron solucionar a través de alianzas matrimoniales y del trueque de bienes. El matrimonio se constituyó en una planificación política para crear alianzas mayores y extender así, a través de la exogamia, los límites del dominio doméstico.<sup>18</sup>

Pese a que nos encontramos frente a sociedades con características tribales, de las mismas fuentes analizadas surgen algunos elementos que preanuncian cambios hacia estructuras de mayor complejidad, que cristalizarían en el siglo siguiente.

Esto se advierte en algunas referencias que brinda Espiñeira con respecto a la herencia del cargo de cacique o indio principal. Entre los convocados por el Guilmen

<sup>16</sup> En: PINTO RODRÍGUEZ, J. y otros: *Misioneros en la Araucanía, 1600-1900*. Temuco, Ed. Universidad de la Frontera, 1988.

<sup>17</sup> SAHLINS, Marshall: *Las Sociedades Tribales*. Barcelona, Labor, 1974.

<sup>18</sup> SERVICE, Elman: *The Origins of State and Civilization*. New York, Norton & Co., 1975.

a una junta se menciona a Pichi Curipil como hijo heredero de cacique muerto y a Llançalipi, indio principal «a quien le viene derecho el bastón de cacicazgo por muerte del hermano en su Guitelmapu o partido». Como vemos por una parte se menciona una línea sucesoria directa de padre a hijo y por otra la herencia entre hermanos. Si efectivamente los herederos estaban predeterminados estaríamos ante un indicador de la evolución hacia sociedades más complejas.

La sucesión entre hermanos aparece claramente descrita en el acta correspondiente al parlamento del Salado en 1787, entre el Comandante de Armas de Fronteras, don Francisco de Amigorena con los caciques pehuenche del sur de Mendoza y de Neuquén.

*«En esto, diciéndoles que respecto de haber muerto su Gobernador Anca Namún, me expusieran a cual de los caciques le habían nombrado de tal Gobernador, lo que me contestaron que antes de morir dicho Anca Namún nombró a su hermano mayor llamado Pichintur, encargándole a su gente, la subordinación que con él debían tener...[Pichintur]...se excusó suplicando a su hermano Canihuán aceptase el mando y le replicó no poder, respecto que a él le correspondía como hermano mayor».*<sup>19</sup>

La figura de los caciques gobernadores, además, se vio reforzada por la acción de estímulos externos emanados generalmente de las autoridades blancas, quienes a través de regalos diferenciales y objetos simbólicos como los bastones de mando, colocaron a ciertos individuos en el pináculo de la sociedad.

### Las Relaciones Interétnicas

A partir del S. XVI, se inicia una historia de permanentes contactos, entre las sociedades hispana e indígena, teñidos en numerosas ocasiones de belicosidad y de violencia. Para el S. XVII estas relaciones han mejorado sustancialmente a raíz de la existencia de intereses comunes que culminaron en un proceso de interacción y mutuas influencias. Los indígenas adoptaron el uso del caballo, de los vacunos y ovejas transformándose con el tiempo en ganaderos y comerciantes. Incluyeron en su dieta cereales traídos por los conquistadores, reemplazaron la chicha por el vino y el aguardiente y demandaron abalorios como las cuentas vítreas o chaquiras, ropa europea, utensilios de metal y armas blancas. En tanto que los españoles, especialmente aquellos que moraban en los asentamientos fronterizos, a los que solían llegar con demora los sueldos provistos por el real situado, dependían de los alimentos y abrigos, -especialmente ponchos y mantas-, que les proporcionaba el trueque con la sociedad indígena.

<sup>19</sup> ÁLVAREZ, Gregorio: *Neuquén, Historia, Geografía, Toponimia*. Neuquén, Editorial Pehuén, 1972. p.118.

<sup>20</sup> Si bien acordamos con Leonardo León Solís cuando asevera que las políticas de la administración borbónica estuvieron impregnadas de objetivos de pacificación y

La intensa circulación de bienes en la frontera y las consiguientes relaciones sociales, se fueron estructurando mediante una serie de contactos, tanto formales como informales. Los primeros, se efectivizaron a través de la relación con funcionarios, militares y misioneros. Los segundos, se dieron por la presencia de algunos particulares, como mercachifles, buhoneros o conchavadores, quienes alejados de las normas establecidas por las autoridades coloniales, penetraban en tierras indias para realizar los conchavos. Estos personajes, fueron los que generalmente causaron conflictos y pendencias, anulando el esfuerzo de las autoridades por evitarlos.

Para el siglo XVIII, la guerra de conquista había retrocedido y nuevas modalidades, ponían en funcionamiento mecanismos que acercaban los intereses de las partes. Desde el siglo anterior, la organización de parlamentos con la participación de autoridades españolas e indígenas, brindaron el marco propicio para mantener la paz y evitar las rebeliones. Por la propia evolución de las relaciones fronterizas, los parlamentos ampliaron su objetivo, transformándose no sólo en un instrumento de pacificación, sino también de regulación del comercio. El que sentó las bases de una nueva relación, fue realizado en Negrete en 1726. Allí se establecieron normas para impedir la entrada ilegal de mercachifles al territorio indígena y se fijaron tiempos y parajes para organizar ferias de intercambio.

Los pehuenche de Neuquén no sólo asistían a los parlamentos convocados por las autoridades de Chile, sino también a los que se realizaban en Mendoza. El más significativo, que permitió una alianza duradera entre indígenas y autoridades mendocinas, fue el realizado a orillas del río Salado en 1787. Esta reunión, se celebró con la presencia del Comandante de Armas y Frontera, D. Francisco de Amigorena y de los principales caciques de la nación pehuenche: los malalquinos del sud de Mendoza, los de Varvarco y los localizados en el Reñileuvú y Curileuvú. El motivo de la reunión fue consolidar la alianza hispano-pehuenche, oportunidad que aprovecharon los nativos, para solicitar ayuda militar. Existía un encono de antigua data, contra la nación huilliche del sud del Neuquén, liderada por el cacique Llanquitar. A raíz de este acuerdo, se organizaron expediciones de apoyo a los pehuenche en 1788 y 1792, comandadas por D. Francisco Esquivel y Aldao, Capitán Comandante del Fuerte de San Carlos. En la de 1792 se registró, además, la llegada de fuerzas auxiliares, compuestas por blancos e indios provenientes de Penco, con la misma intención. Las autoridades coloniales, tanto de Cuyo como de Chile, participaron activamente en el apoyo a las tribus pehuenche, practicando en algunos casos, una política tendiente a mantener un permanente estado de beligerancia entre los distintos grupos indígenas<sup>20</sup>. Así lo demuestra el informe

---

compromiso político, creemos que en la práctica algunos militares de turno, para aliviar las presiones indígenas sobre los centros poblados, no dudaron en alentar las guerras intertribales. LEÓN SOLÍS, Leonardo: La corona española y las guerras intestinas entre los indígenas de de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1760-1806. En: *Nueva Historia, Revista de Historia de Chile*, año 2, N°5, Londres, 1982.

realizado por Amigorena y dirigido al Virrey Marqués de Loreto en 1789: «Encarnizados de este modo los pehuenches con los huilliches, no cesarán los unos con los otros, y ahora más que nunca me prometo que se encenderá la guerra entre ellos... se servirá, en uso de sus superiores facultades, expedir las providencias... para que a la llegada de los caciques pueda yo cumplirles todo lo prometido y alentarlos para lo sucesivo, que es el modo de conservarlos en la guerra, pues es constante que desde que los he indispuesto, en que he trabajado no poco, han cesado las irrupciones en nuestra frontera...»<sup>21</sup>

Otro de los mecanismos utilizados por la administración española, que fortaleció el desarrollo de las relaciones interétnicas, fue el nombramiento de los comisarios de naciones, capitanes de amigos y tenientes de indios. Al carecer los indígenas de una autoridad central, lo que les impedía el ejercicio de la justicia formal, estos personajes se constituyeron en verdaderos árbitros para la resolución de los conflictos internos, además de operar como intermediarios ante la sociedad blanca.

Estos capitanes, intérpretes, lenguaraces, mediadores, intermediarios, portadores de obsequios, jueces y hasta espías, materializaron la estrategia de las autoridades coloniales, para ejercer una suerte de control sobre la sociedad y el territorio indígena. Luis de la Cruz al respecto expresaba: «... Vuélvanse atrás los ojos y se verá que las sublevaciones de indios siempre se originaron a causa de los capitanes de amigos o de gentes ordinarias». Además, registró la participación activa de uno de estos típicos personajes fronterizos en tierras de Neuquén. El dragón Pedro Baeza, quién dependía del cuerpo de dragones de la plaza de Los Angeles, había realizado diecinueve campañas en auxilio de los indios pehuenche. La crónica demuestra la dependencia que tenían los indígenas con respecto a estos individuos, que representaban en este caso, una permanente ayuda militar en la guerra contra los huilliche, de allí que fueran respetados, escuchados y hasta obedecidas sus órdenes.

### Patirus y Pehuenche en el Norte Neuquino

Una faceta diferente en las relaciones interétnicas, es la representada por los evangelizadores. Los misioneros tenían un perfil distinto al de los otros españoles y podían constituirse en un nexa, ajeno a cualquier tipo de violencia, entre las dos sociedades. La compleja situación de la conquista, a la que debieron adecuarse los padres misioneros, hizo aflorar con fuerza las contradicciones inherentes a las modalidades de la evangelización en América.

A diferencia de la zona sur de Neuquén, los primeros religiosos que recorrieron el norte ingresaron recién en la segunda mitad del S. XVIII. Fueron un sacerdote de la Orden de San Ignacio de Loyola y cuatro de la de San Francisco. Estas

<sup>21</sup> ALVAREZ, Gregorio: op. cit.

dos congregaciones representaban dos modos diferentes de concebir y practicar la evangelización de los grupos indígenas y por lo tanto, dos maneras distintas de relacionarse con ellos.

A diferencia de lo practicado por su orden en otras latitudes - misiones estables o reducciones - el jesuita utilizó el sistema de misiones volantes, también llamado de correrías, que había sido llevado a cabo con éxito en otras regiones del virreinato del Perú. Una vez por año se partía desde un enclave permanente, para penetrar en territorio indio con el fin de evangelizar. El jesuita Bernardo Havestadt partiendo de Santa Fe, Chile, realizó su primer viaje en 1751, llegando probablemente hasta el río Trocomán. De esta travesía quedó un confuso relato que no aporta demasiada información. Al año siguiente, en su segundo viaje, registra en un diario y en un mapa su itinerario misionero. Por primera vez, desde la óptica de un religioso, es narrada la situación de los pehuenche que moraban al oriente de la cordillera.

Las observaciones del relato de Havestadt confirman algunas de las consideraciones realizadas respecto a la caracterización de los grupos pehuenche como sociedades tribales. Menciona la presencia de una autoridad que llama Vuta Mapu Toki o Supremo Capitán al que, pese a lo pomposo de su nombre, su propio hijo se atrevía a abofetear, demostrando cuán débil era aún la autoridad de los jefes. Durante sus incursiones el Padre Havestadt logró concretar numerosos bautismos y casamientos entre los infieles, quienes se vieron beneficiados con el reparto de los variados obsequios que los jesuitas acostumbraban dar.

Los franciscanos, por su parte, pretendían establecer misiones de carácter permanente en tierras de indios, como condición indispensable para una auténtica evangelización. Criticaron el sistema de correrías como método misional y la actitud de los jesuitas, de impartir el sacramento bautismal sin una verdadera conversión. «*Más que cristianos, decía un franciscano refiriéndose a los indios atendidos por los jesuitas, merecen el nombre de bárbaros bautizados*». (Gay 1846, I, 32)<sup>22</sup>. La pobreza vivida y demostrada atraería a los indígenas al cristianismo, sin necesidad de dádiva alguna, sostenían los franciscanos.

Con la fundación del Colegio de Propaganda Fide de San Ildefonso de Chillán, en 1756, los padres franciscanos comenzaron su tarea evangelizadora entre las tribus pehuenche de ambos lados de la cordillera.

---

<sup>22</sup> Cit. en PINTO RODRIGUEZ, Jorge y otros: *Misioneros en la Araucanía*. Temuco, Universidad de la Frontera, 1988, p.69.

A partir de la llegada de Fray Pedro Angel de Espiñeira, en 1758, erigieron la primer y única capilla en tierras pehuenche de Neuquén: La Misión de Nuestra Señora del Pilar de Rarín Leuvú<sup>23</sup>.

La crónica de este religioso describe el encuentro de dos mundos culturales diferentes. Ese encuentro fue generado por la solicitud de los indígenas que deseaban ser evangelizados. Ese pedido es lo que particulariza la situación, diferenciándola de lo que ocurría en otros lugares del continente, donde la labor misional, generalmente, llegaba por la fuerza.

Es lógico plantearse por qué grupos pehuenche que vivían al oriente cordillerano, fuera de la órbita de la dominación hispana, solicitaran la presencia de los franciscanos.

Una política inteligente por parte de los grupos indígenas podría capitalizar la presencia de una misión permanente. Entendemos que el pedido de un «*patiru*», es una estrategia política, que tiende a fortalecer la posición de estos grupos frente a la sociedad hispana. En ese sentido, el padre los defendería de los abusos y engaños de los malos españoles y se constituiría en el intermediario ante el presidente y maestro de campo, cuando se necesitara ayuda. El contar en sus tierras con un *patiru*, los ponía en situación de igualdad frente a otras tribus, otorgándoles un mayor prestigio. El reclamo es muy claro cuando manifiestan a Espiñeira lo siguiente: «*Que si los indios aucas tenían allí padres siendo alzados, que por qué ellos habiendo sacado y favorecido el Tercio de Purén y Tucapel cuando estaban en peligro adentro, no tendrían iglesia y patiru allí siquiera por el verano cuando no hay nieve y entran los españoles*»<sup>24</sup>. (Espiñeira 1988, 246).

Una de las grandes preocupaciones de los pehuenche era su permanente estado de beligerancia con los huilliche. La mediación que podía ejercer un sacerdote para conseguir apoyo militar les daba cierto grado de seguridad. Curipil, cacique principal, parece decidido a materializar lo pactado en el Parlamento de La Laja y sacar partido de la presencia de un misionero en sus tierras. [Dice Curipil] «... *que si con los beliches se veía apurado acudiría al señor presidente para que le diese gente y cumpliera la palabra que les había dado en el parlamento...*»<sup>25</sup>. (Espiñeira 1988, 248)

<sup>23</sup> VARELA, GLADYS A., CÚNEO, Estela y FONT, Luz M.: Tras los pasos de Fray Pedro Angel de Espiñeira. Fundador de la primera misión franciscana en tierras pehuenche del norte del Neuquén. En: *III Jornadas de Arqueología de la Patagonia*, San Carlos de Bariloche, mayo de 1996.

<sup>24</sup> En PINTO RODRIGUEZ y otros op. cit.

<sup>25</sup> En PINTO RODRIGUEZ y otros op. cit.

## El intenso comercio fronterizo

Las relaciones interétnicas que hemos venido desarrollando estaban dentro de un marco de cierta formalidad otorgado por las instituciones del estado y de la iglesia.

Sin embargo, eran asiduas las relaciones informales: mercachifles, conchavadores, hacendados, funcionarios menores, indígenas trasandinos, norpatagónicos y pampeanos, fueron protagonistas del intenso intercambio que caracterizó al S.XVIII. De esta multitud de situaciones no han quedado registros, ya que dependían de acuerdos ocasionales que beneficiaban intereses de uno y otro grupo.

El ingreso de mercachifles desde Chile a territorio indio, estaba prohibido por las autoridades coloniales. El motivo de ello era evitar que los indígenas adquirieran armas y alcohol, pues solían producirse roces y altercados, que hacían peligrar la precaria armonía de la frontera. Pese a ello este tráfico fue intenso, amparado en muchas ocasiones por los funcionarios fronterizos de menor rango. Curipil, guilmen principal de los pehuenche de Neuquén, solicitó a fray Pedro Angel de Espiñeira que intercediese para evitar que los malos españoles, introdujeran vino en sus tierras<sup>26</sup>. Aún a riesgo de quebrantar el orden, el intercambio de los elementos prohibidos, se mantuvo largamente a causa del beneficio económico que representaba para ambas sociedades.

### • El tráfico ganadero

La intensificación de las relaciones de intercambio - formales e informales - dio como resultado en el S.XVIII, la consolidación de los circuitos mercantiles<sup>27</sup>. Éstos se organizaban en torno a la obtención y circulación de caballos y vacas desde la pampa húmeda hacia ciudades y haciendas chilenas. Los arrees debían descansar y engordar en los valles intermontanos de Neuquén, antes de emprender la fatigosa jornada del cruce de los Andes. El control de esos valles, pasos y rutas cordilleranos proporcionó a los pehuenche la posibilidad de ejercer el rol de intermediarios en la circulación de ganados. Las autoridades de las plazas fronterizas otorgaban a los pehuenche permisos para conchavar en determinados lugares, proporcionándoles escolta militar<sup>28</sup>.

---

<sup>26</sup> En Pinto Rodríguez y otros, op. cit., p.247.

<sup>27</sup> MANDRINI, Raúl: La base económica de los cacicatos araucanos del actual territorio argentino, S.XIX. En: *VI Jornadas de Historia Económica*, Vaquerías, Córdoba, 1984.

<sup>28</sup> VILLALOBOS, Sergio: *Los Pehuenches...* op. cit, p.157.

### • El comercio de la sal

Sin embargo, tan importante como la actividad ganadera, fue para los pehuenche de Neuquén la extracción e intercambio de sal y la comercialización de sus tejidos.

Para el Chile colonial la obtención de sal fue un verdadero problema a causa de la escasez de este vital producto en sus dominios. Desde el siglo XVI se organizaban expediciones hacia el este de la cordillera en busca de tan preciado elemento.

Los datos proporcionados por la arqueología demuestran que ya en épocas precolombinas la sal del actual territorio neuquino era intensamente explotada y, probablemente, abastecía a las tribus del occidente cordillerano<sup>29</sup>.

Las minas y salinas de Neuquén, junto a las Salinas Grandes de la Pampa, fueron los centros salineros más importantes que abastecían a las colonias, aunque estaban en manos indígenas.

Las primeras noticias referidas al tema de la sal en Neuquén, las proporcionó el Padre Diego de Rosales. Este sacerdote jesuita registró una salina de cuajo ubicada al norte de la provincia, tal vez en el arroyo Pichineuquén, lugar que proporcionaba sal de muy buena calidad y en gran abundancia. Más interesante aún es el dato referido a la mina de sal gema de Truquico: «*Es grande el concurso de indios que van a estas salinas para su gasto y para contratar en otras provincias, y a Chillán traen los indios sal, piedras bezares y plumeros para feriar por cosas de poco valor*».. y agrega que: «*..hay caciques que son señores de aquellas tierras y salinas, y todos los que van por sal les piden licencia y le dan alguna paga...*»<sup>30</sup> (Rosales 1877, 325)

Este recurso, junto a los ganados y los tejidos, permitió a los pehuenche abastecerse de diversos productos en la frontera. En el caso del trigo la equivalencia en el trueque era una bolsa de granos por una de sal. Según Espiñeira hasta los caciques principales realizaban el intercambio: «*...por tener que salir [Curipil] con su sal a buscar trigo para su manutención del invierno*». (Espiñeira 1988, 247).

Desde Chile caravanas de mulas se internaban por la cordillera en busca de sal, solicitando previamente a los caciques autorización para entrar en sus tierras y conviniendo la forma de pago. Un registro de 1795 da cuenta de una salida realizada

<sup>29</sup> FERNÁNDEZ, Jorge: Cronología y Tecnología de las Hachas Salineras de Truquico, Neuquén. En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. TXIV., N°2, NS., Buenos Aires, 1981, 1982.

<sup>30</sup> ROSALES, D: *Historia General del Reino de Chile. Flandes Indiano*. Valparaiso, Imprenta del Mercurio, 1877.

a través de los boquetes de Antuco y Villacura<sup>31</sup> por 364 pehuenche que conducían 839 animales de transporte y carga. De la lectura del documento se desprende que el producto principal que los pehuenche llevaban para el intercambio consistía en 807 cargas de sal equivalentes a de 92.805 kg, 921 cabezas de caballos y 65 mantas<sup>32</sup>. A cambio obtuvieron 649 cargas de trigo y unas pocas de vino.

#### • Matras y ponchos como moneda de cambio

En el comercio pehuenche casi tan importantes como la sal, fueron los tejidos. Los ponchos y mantas, confeccionados por las mujeres, eran de tal calidad que impusieron su uso entre los habitantes de la campiña chilena. Conocedores del valor de su producción textil supieron trocarla por algo tan codiciado como las armas. Esto preocupó a las autoridades que trataron de evitar ese comercio al que se declaró ilegal. Tal fue el caso de Ambrosio O'Higgins quien prohibió el uso de los ponchos indígenas, bajo pena de confinación en la isla de Juan Fernández. El padre Sors, conecedor del mundo pehuenche, expresó respecto al tema lo siguiente: «*Por este comercio tan deseado de los españoles se han armado de los mejores sables, espadas, machetes y hachas que, continuamente, sin reparar la prohibición gravísima que tienen y los daños que resultan, les llevan los malos españoles*». (Sors, en Bengoa 1985; 47)<sup>33</sup>.

El trueque de tejidos también se practicaba con otros grupos indígenas. Luis de la Cruz narra que las tribus ranqueles de Mamuil Mapu eran un importante mercado para pehuenche y huilliche de Neuquén, quienes todos los años pasaban a permutar ponchos por haciendas, obteniendo por cada uno de ellos entre doce y dieciséis yeguas<sup>34</sup>.

Las tolderías eran verdaderos centros de producción textil que respondían no sólo a la demanda del mercado colonial, sino que también cubrían los requerimientos de la vida familiar y social<sup>35</sup>. Las mujeres debían satisfacer las necesidades básicas de vestido y abrigo de su grupo doméstico; cubrir las redes de

<sup>31</sup> VILLALOBOS, Sergio: *Los Pehuenches en la Vida Fronteriza...* op. cit. indica que, a mediados del S.XVIII, en un intento por ordenar el tráfico comercial entre indígenas e hispano-criollos, las autoridades establecieron que los pehuenche, debían transitar por el paso de Antuco y realizar transacciones en el fuerte de Tucapel.

<sup>32</sup> VILLALOBOS, Sergio: *Vida fronteriza en la Araucanía*. Santiago, Andrés Bello, 1995, pp 128.

<sup>33</sup> BENGEOA, José: *Historia del pueblo mapuche. Siglo XIX y XX*. Santiago de Chile, Ediciones Sur, 1985.

<sup>34</sup> CRUZ, Luis de la : *Viaje...* op. cit. p.331

<sup>35</sup> BISET, Ana Maria y VARELA, Gladys: El sitio arqueológico de Caepe Malal. Una contribución para el conocimiento de las sociedades indígenas del noroeste neuquino en el S.XVIII. En: M.T. Boschín (comp.), *Arqueología y Etnohistoria de la Patagonia septentrional, Cuadernos de Investigación*. Tandil, IEHS, 1991.

regalos e intercambios recíprocos entre comunidades; entregar ponchos y mantas a su marido para permutar con los españoles<sup>36</sup> y finalmente permutar ellas mismas en la frontera el excedente, por aquellos productos imprescindibles para la economía hogareña. «También deben con sus labores comprar los trigos, maíz, ají, añil, y en fin cuanto necesitaban en su casa»<sup>37</sup>. (Cruz 1969b: 482).

León Solís, citando a Gómez de Vidaurre (1789), indica que los hombres «...cuantas más mujeres tienen, son, en realidad, más ricos porque éstas trabajan continuamente por el marido y así, él tiene más que vender». La misma fuente da idea de la magnitud alcanzada por este rubro. Al finalizar el S. XVIII, en la frontera chilena, se colocaban anualmente unos 60.000 ponchos<sup>38</sup>.

### Las relaciones intertribales

Las relaciones de los pehuenche con otros grupos indígenas, tuvieron diferentes modalidades a través del tiempo, pasando desde el intercambio pacífico de bienes, hasta el conflicto armado. Luis de la Cruz, presencié las relaciones comerciales de los pehuenche con otros grupos, en la frontera pampeana del río Colorado. Allí observé la llegada de más de 10.000 cabezas de ganado mayor y cantidad no consignada, pero muy numerosa, de ganado lanar. De su relato se infiere que existían acuerdos previos para la entrega de los arreos a los pehuenche. «...que era gente de Mamilmapu que venía de camino con sus haciendas para las cordilleras de nuestros amigos pegüenches...»<sup>39</sup> (Cruz 1969a 196)

En algunos casos los propios pehuenche eran los encargados de trasladar a los animales desde las pampas a la cordillera. « [preguntó Cruz] ¿ Que de dónde traían tanta hacienda? ... Que de Buenos Aires. ¿ Que cómo la habían conseguido? Que con mantas». (Cruz 1969a, 203). En otros casos los pampinos llegaban a la frontera del Colorado, para entregar las reses a los neuquinos. Se confirma así el rol de intermediarios de los indígenas del norte de Neuquén. El gran circuito de comercialización, del que participaban, se iniciaba principalmente en los campos vecinos a las sierras de Tandil y de la Ventana, donde una sociedad indígena pastoril, proveía el ganado que se ubicaba en el mercado trasandino<sup>40</sup>.

<sup>36</sup> SORS en BENGGOA, José: op. cit., p. 48.

<sup>37</sup> CRUZ, Luis de la: *Descripción...* op. cit.

<sup>38</sup> LEÓN SOLÍS, Leonardo: Comercio, trabajo y contacto fronterizo en Chile, Cuyo y Buenos Aires, 1750-1800. En: *RUNA*, XIX. Buenos Aires, ICA/ME, Fac. de Filosofía y Letras, 1988-90, pp.177-221.

<sup>39</sup> CRUZ, Luis de la, op. cit.

<sup>40</sup> MANDRINI, Raúl: Procesos de especialización regional en la economía indígena pampeana (S.XVIII y XIX): el caso del suroeste bonaerense. En: *Boletín Americanista*, N° 41. Barcelona, 1991.

Los tratos comerciales con los mapuche chilenos, que se habían intensificado desde el siglo anterior, utilizando rutas de contacto muy antiguas, se centraron en la provisión de equinos que aquellos destinaban fundamentalmente a la realización de malocas. No obstante, las relaciones no siempre fueron de paz y la frontera fue también un espacio de desencuentros y hostilidades.

En algunos momentos, los pehuenche se aliaron con los araucanos, en su lucha contra los españoles y en los ataques o malocas a los centros poblados. En otras ocasiones, inversamente, se unieron a los hispano-criollos.

En el levantamiento contra las autoridades coloniales, efectuado entre 1766 y 1770 por llanistas costinos y huilliches, los pehuenche no aceptaron la invitación. Es más, se introdujeron en los llanos para rescatar al maestre de campo Salvador Cabrito, sitiado en Angol. Por este tipo de conducta los pehuenche fueron considerados como enemigos por aquellos grupos y debieron soportar numerosas malocas sobre sus haciendas y familias. Hechos como el narrado no deben llamar a engaño: los españoles, tenían clara conciencia de que los pehuenche, no eran ni «fieles ni constantes en sus empresas» porque «siempre se venden de una a otra parte»<sup>41</sup>. (Cruz 1969b, 461). A las filas de sus contendientes indígenas del occidente cordillerano, se sumaron en muchas oportunidades, los ranqueles de las pampas y aún más: existieron serios conflictos al interior de la propia nación pehuenche. Tal es el caso del enfrentamiento producido en 1796, entre los de Varvarco y los malalquinos, del sur de Mendoza.

Los continuos roces, sostenidos especialmente con sus adversarios huilliche, marcaron la necesidad de reforzar la amistad, con los hispano criollos de Cuyo y Chile. Éstos, a su vez, necesitaban contar con aliados duraderos, en lo que se refiere a la seguridad en las fronteras e intermediarios estables en relación al comercio.

La realidad que les cupo protagonizar a estos grupos del norte de Neuquén, hizo que fueran expertos negociadores que, según las circunstancias, supieron convivir entre alianzas, pactos y traiciones. Fueron considerados, por blancos y por indios, como grandes y peligrosos guerreros y así lo sintieron ellos mismos. La alianza y protección brindada por los españoles, no fue ajena a esta actitud. Luis de la Cruz opinaba que: «La nación más belicosa y brava entre los indios de todo el continente, es la de estos pegüenches, según todos confiesan, y es de inferir sólo del antecedente de la separación que tienen de todas las demás, sin embargo de ser la menor en número y de que todos la temen». (Cruz 1969b, 463).

Esta visión épica del grupo pehuenche está íntimamente relacionada, seguramente, con la imponente imagen que presentaban esos guerreros de

---

<sup>41</sup> CRUZ, Luis de la: *Descripción...* op. cit.

elaborados atavíos, portadores de banderas e insignias, montados en nobles cabalgaduras. La rica información que sobre el tema proporcionan las crónicas y las evidencias arqueológicas del norte neuquino, nos permiten visualizar en dicha figura una suerte de síntesis de las intensas relaciones interétnicas.

Las detalladas descripciones de los pehuenche, vestidos para la guerra, muestran una originalidad que los diferencia del resto de los grupos, especialmente de los mapuche. Éstos, según Margarita Alvarado vestían de manera escueta y pragmática y solían mostrar su cuerpo desnudo y pintado en señal de ferocidad<sup>42</sup>. Por el contrario, los pehuenche, impresionaban por el colorido y la riqueza de sus ropajes: «muy adornados con variedad de plumajes, cintas, abalorios, corales, cascabeles, alquimias y algunas alhaja de plata, como frenos, espuelas, hebillas, guarniciones de espadas, corvos y en sus bizarros caballos...»<sup>43</sup> (Espíñeira 1988, 244). A lo que debemos agregar las corazas y yelmos de cuero, tachonados de latón dorado, que acostumbraban usar en el combate.

El comandante Francisco Esquivel y Aldao, quien participó junto a los pehuenche de la guerra contra los huilliche, los describió en su diario de viaje en 1788. «Vestidos como ya dije, con coletos y ceñidas las cotas, se formaban a su usanza, dando muchas carreras, ya en círculos, ya en rectas y transversales, haciendo ademanes de amenazas por la parte donde se hallaban los enemigos». (Esquivel y Aldao, en Álvarez 1972, 124).

Los yelmos y corazas de cuero usados como armas defensivas fueron, además, registrados por Bernardo Havestadt, Luis de la Cruz, George Musters y Alcides D'Orbigny. Datos que han sido corroborados, para el norte de Neuquén, por las excavaciones arqueológicas en el cementerio pehuenche de Caepe Malal<sup>44</sup>.

Cruz, a quien le había llamado la atención este tipo de vestimenta, comentó: «Para salir a la guerra tienen... colete del mismo cuero, que es una casaca a manera de aquellas antiguas, y un cuero que les cubre el pescuezo. Yo no sé como pueden moverse ni que uso pueden hacer de sus manos. A varios hice vestir de estos aperos pero estaban punto menos que un tronco... Para la guerra sacan el mejor caballo, el mejor herraje, la mejor espuela, el mejor avío, movidos de la idea que allí llevan aquellas prendas, para que no les falte en la otra vida». (Cruz 1969b, 463).

<sup>42</sup> ALVARADO, Margarita: Weichafe: El guerrero mapuche. Caracterización y definición del rol del guerrero en la «Guerra de Arauco» (1536 - 1656). En: *Revista de Historia Indígena* N° 1. Santiago, Universidad de Chile, 1996.

<sup>43</sup> En Pinto Rodríguez, J. y otros, op. cit.

<sup>44</sup> Entre los materiales recuperados se destacan un yelmo de cuero, recubierto con láminas de metal dorado sobre el sector de la copa y restos de una armadura constituida por casquetes, placas y hombreras del mismo material.

Estas armas defensivas que los protegieron de la acción de laques, lanzas, sables y machetes, seguramente cayeron en desuso frente a las armas de fuego. Esto fue registrado por Esquivel y Aldao: «En estas circunstancias llegamos nosotros y habiéndolo empezado a retar [a los huilliche] hicieron al principio muy poco caso, quizás confiados... en sus cotas, coletos y demás de que se hallaban apoderados; más presto vieron su desengaño, porque luego se les empezó a hacer fuego graneado y como recibieron daño notable, empezaron a flaquear y a tomar la fuga por entre aquellos montes...» (Esquivel y Aldao, en Álvarez 1972, 125).

Los pehuenche fastuosos y temidos guerreros, montados en enjaezadas cabalgaduras «con vanidad de chaquiras, abalorios, cascabeles, alquimias y plumajes»<sup>45</sup>, fueron además, ricos ganaderos y prósperos comerciantes, privilegiados amigos de los españoles y hábiles políticos. Protagonistas de una de las etapas más significativas de la historia indígena del noroeste neuquino, constituyeron una pieza fundamental en la dinámica de la vida fronteriza.

---

<sup>45</sup> ESPÍÑEIRA, Pedro Angel, op.cit.p. 238.